

gadora, y entónces la Sra. Reynel agregó señalándome:

—La maestra de piano de Germana.

Mi sangre toda afluyó á la cara quemándome las orejas, como en lejanos días, cuando las chicas insultaban á mi muñeca Blondina. Pero me incliné ante la desconocida, diciendo entre una sonrisa:

—Esta maestra de piano tiene, señora, un nombre como todo el mundo. Soy la Señorita María Hoël.

Hubo un instante de embarazoso silencio.

Saludé con rapidez á las cuatro damas y levantando los ojos para ver al Sr. Elder, pude observar que se le colorearon un tanto las mejillas y que se inclinaba á mi paso más profundamente que en ocasiones anteriores.

Ahora, . . . una alumna perdida para mí. ¡Y qué! Así, al menos, sabrán las mujeres hermosas que soy algo más que una máquina de gamas y de arpegios.

XIV.

Noviembre 30

Hace ya quince días que no abro mi cuaderno y sin duda que haría bien en dejarlo dormir aún esta noche. Encuéntrome en un estado de excitación extraordinario; solo el diablo sería capaz de descifrar los complicados porqués. Ganas me han dado de arañar, cuando menos, á tres personas. En medio de éste insólito deseo, trabajo me cuesta reconocer mi natural plácido y tranquilo.

Debía tener lugar esta noche, en el Salón de la Casa Municipal, una conferencia á «Las Mujeres de Francia.» Yo nunca faltó á tales conferencias, en primer lugar, para serle agradable á la Sra. Elder;

y luego también, por que, generalmente, me son interesantes.

Llego á las cuatro á «Villa Blanca» para dar la lección á Ibona. La doncella que sale á abrir, se manifiesta sorprendida:

—Cómo! La Señora no ha mandado prevenir á la Señorita? Esas «Señoras de Francia» que vienen á trabajar los viernes, no pudieron reunirse ayer, han venido hoy y ocupan los dos salones. Pero si la Señorita quisiera tomarse la molestia de pasar.

El gran salón presenta un golpe de vista curiosísimo. Sobre una mesa situada enmedio, la Sra. Elder hace correr unas grandes tijeras en una pieza de calicot. Agrupadas cerca de los vanos vitriados donde las cortinas de resorte han sido recorridas, varias señoras cosen y platican con animación. En el grupo más cercano á la puerta, distingo luego á mi pesadilla la Señora Pigois, con su perfil caballuno, acompañada de su hija Adelaida, la eterna «muchacha casadera.»

Desde mi llegada por acá, conocí la historia de la viuda Pigois. Su marido, notario, teniendo cierto día un pasivo de trescientos mil francos, vióse en el grave conflicto de optar entre el suicidio y los tribunales de Justicia. La Sra. Pigois, casada bajo el régimen dotal, poseía exactamente doscientos cincuenta mil francos. Como mujer prudente y práctica y como buena madre—hay quien dice—retiró cuanto le pertenecía, tomando el tren con su hija. A los dos días, el notario se hacía saltar la tapa de los sesos, tras de haber arruinado á una media docena de familias honradas. Terminado el duelo, la Sra. Pigois regresó á N. alta la frente y encontrando el medio de intimidar á todo el mundo con su arrogancia. Mas tarde, recogió una importante heredad: dícese que la sosa Adelaida será algún día

millonaria; Todas las puertas se han abierto ante los ricos tocados de las Pigois. Un salón tan sólo permanecía cerrado para ellas: el de la Sra. Elder. La intrigante supo franquearse la entrada, llegando á hacerse la mas celosa de las «Mujeres de Francia.» No deja de asistir ningun viernes para trabajar con su hija en favor de los pobres. La Jaupy me ha dicho, confidencialmente, que el sueño dorado de la honorable viuda sería casar á la pava su hija con el Sr. Elder; nada menos!... ¡Vaya un descaro que traspassa los límites de lo verosímil!

Cuando al entrar saludé, la Srita. Pigois tuvo un impulso para levantarse de su asiento; pero la madre la clavó en la silla con una mirada furibunda que parecía decir: «¿Estás loca, hija?» «¿Vas á levantarte por una maestra de piano?»

Luego, como para justificar su insolencia, la madre me midió de la cabeza á los pies, con supremo desdén. Yo, pasé sin mirarla hasta acercarme á la Sra. Elder, que me recibió amable como siempre, siguiendo la operación con las grandes tijeras.

En el otro extremo del salón, había un grupo que reía estrepitosamente. Delante de ese grupo, se hallaba en pié, conversando y de espaldas hacia mí, el Sr. Elder:

—Lucas,—decía sonriendo la señora mamá—vamos á ponerte á la puerta, pareces un avispon ocioso en colmena de obreras.

El se volvió, sin verme siquiera. ¡Lo ha llamado Lucas! Me encanta ese nombre de evangelista, que ella pronuncia tan bien.

Algunos pasos y voy á reunirme con la Sra. Coppel que está cosiendo en máquina.

Elder, que se dirigía hacia la puerta, es nombrado por la aguda voz de la Sra. Pigois. El se detiene é inclinándose ante la gran dama tan fea:

--; Y usted, distinguida señora,--la interpela--¿qué

horror se hallan confeccionando esas sus blancas manos?

La Pigois se pavonea cacareando:

—Horror? Vea usted qué primor de capillo! Métselo usted dentro del puño y diga si no le inspira tiernos pensamientos.

—Ninguno,—declara él haciendo un gesto.—

—¡Vamos, vamos, ese corazón refractario va á dejarse conmovir el día menos pensado!

—No hay que apetererlo, responde él con su irónica sonrisa—me considero enteramente indigno!

¡Oh, de qué buena gana pelearía yo con esa Sra. Pigois!

Ahora es Adelaida á quien habla el Sr. Elder inclinándose hacia ella su airoso busto. Ha bajado la voz y no me es posible sorprender ninguna de sus palabras; pero le estoy viendo la eterna sonrisa que tiene para todas las mujeres, excepto para mí. Y se lo agradezco! La *niña grande* se sonroja y se turba; la madre, se enancha haciendo crujir su alambrada coraza, y él, se burla con gran finura de la una y de la otra.

¡Pero á mí me tiene exasperada!

A poco se le oyó murmurar terminando una frase:

—Cútis de jacinto ó de tuberosa.

Esas palabras me hicieron el efecto de una picadura de avispa y pensé, con amargura, en mi pobre cara macilenta y trigueña y en mi cuerpo anguloso. Vergüenza tuve, al mismo tiempo, de sentir celos tan mezquinos cuanto inútiles y procuré disimular.

Me volví sonriendo, al doctor que cerca se hallaba y le dije:

—Son ustedes muy crueles hablando del color del lirio en presencia de esta pobre ciruela.

—Bah! —objetó él en alta voz.—Se cree Ud. fea porque es morena?

Yo no quise oír la caritativa protesta y le declamé á media voz, afectando cómico lirismo, este versículo del «Cantar de los Cantares.»

«¡Oh, hijas de Jerusalem, mi piel es trigueña, pero soy bella como las tiendas de Kedar y como los pabellones de Salomón!»

Reía, y deseos tenía, más bien, de llorar.

Cuando me levanté para ir al piano, encontré los ojos sombríos del Sr. Elder que se fijaban en los míos.

Me sonrojé, no sé porqué, y cólera me dió haberme sonrojado.

Al sentarme junto al piano dije quedo á Marta:

—Ya sabe Ud. que á estas gentes de primera fila les encanta la música de opereta y hay que hacerles el regalo.

Iba á preluviar «Las Campanas de Corneville;» pero Marta no quiso entender y se obstinó en modular tiernas romanzas que yo le acompañé con téntrica resignación.

A las once, avisaron que el coche de la Sra. Elder la esperaba. Marta me rogó, insistiendo, para llevarme á casa y hube de aceptar, á fin de evitarle al doctor la molestia de que me condujese á pie.

El trayecto se afectuó más ó menos en silencio.

Me hallo con disposiciones para odiar á las mujeres bonitas de carne de tuberosa, y sobre todo, á aquel cuya mirada de negro abismo me hace enrojecer. Hay que procurar una reacción en contra de esos despechos tan bajos cuanto indignos en mí. Que las otras mujeres sean guapas, . . . mejor! Que todas ellas traten de agradar al Sr. Elder, . . . qué más dá puesto que no le amo! Si le amara, por otra vía pretendería llegar á su corazón. Otras muchas han procurado seducirle, ya por medio de hábiles

emisarios, ya por el artístico arreglo de sus cabellos ó el atractivo de sus sonrisas. Yo no; tengo menos vanidad y más orgullo.

Si le amara, querría penetrar, la primera y única, hasta el fondo de su alma, apoderarme de su pensamiento y fundir en uno nuestros dos corazones; de tal modo, que le fuera imposible concebir la vida lejos de mí. Pero ¿para qué estoy soñando?

Enero 9.

Esta noche, que disfruto de algunas horas de libertad, he ido á hacer una visita á la Sra. Elder.

Cuando llegué debajo de la escalinata, apareció él en bata y gorro de casa con un cigarrillo entre los dedos. Figuróseme de aspecto algo menos «sigló diez y ocho» que generalmente.

—Mi madre ha salido con Ibona—me dijo; pero debe estar de vuelta á las cuatro, y son las cuatro menos diez. ¿Quiére Ud. aguardarla? Sentiría mucho saber que Ud. ha venido y no la ha encontrado.

Luego entramos los dos al gran salón que siempre me ha parecido muy solemne. El Sr. Elder me ha dado un verdadero trono al que asciendo como puedo; él se sienta en una silla baja mostrando en sus ademanes una gracia descuidada que le cae muy bien.

Lo miro y por la vigésima vez me hago la pregunta: ¿En donde he visto antes esta cara?

No está hoy de humor el caballero; pero con sus ojos tristes y profundos atrae siempre.

—Mi madre va á sorprenderse agradablemente al encontrar á Ud. á su regreso: la quiere á Ud. mucho y además, se halla aquí tan sola. . . .

—¿No está uno sólo en todas partes?—dije sin

darle cuenta de si hablaba, ó únicamente pensaba.

El, que miraba la llama del fogón, levanta los ojos y me vé. Yo, á mi vez, miro el fuego y hallo estúpido lo que acabo de decir.

—Debe Ud. tener una compañía mas que lúgubre en la persona de la Srta. Jaupy, —habla al fin.

—Poco estoy con ella, me falta tiempo.

—Ha tenido Ud. una inspiración de génio yendo á alojarse en casa de esa solterona: es un tipo acabado, que debe abrir el campo á variadas y curiosas observaciones. A mí, qué se yo porqué, me ha hecho siempre el efecto de una gallina que carea erizada.

—¿Porqué ridiculiza Ud. á esa pobre mujer? —objeté en tono de reproché.

—Oh! Lo que digo no tiene ninguna importancia. Yo aceptaría de buen grado que la Srta. Jaupy me comparara, si se le antojase, con algun pobre ganso.

No he podido reprimir una sonrisa porque acaba de pintarse él sólo: he visto aves de río que tienen exactamente el mismo aire de tristeza y de fastidio que él.

Un momento de pausa y repone:

—¿Habré tal vez incomodado á Ud. por haber hablado con alguna ligereza de la Srta. Jaupy? Esa patrona vasta y locuaz ¿le habrá interesado á Ud. tanto el corazón?

—No; pero no apruebo las críticas que con tal facilidad se externan en contra de las pobres solteras, cuando sé, por otra parte, las muchas que circulan á propósito de la Srta. Jaupy.

—Sí, porque es una vieja solterona, ridícula y venenosa; y casi todas ellas son lo mismo, desgraciadamente.

—Pero no mas ridículas que los hombres celibatos —dije en tono algo incisivo—; pero de seguro mas interesantes. Es muy común burlarse de esas pobres mujeres enloquecidas por la soledad en que viven, tratándolas de maniacas y de magotas, ó representándolas como arañas famélicas que tienden cautelosamente su tela donde atrapada quedará la tan codiciada presa, es decir, el marido, á cualquier precio. Yo pienso con inmensa compasión en todas esas solitarias; en esos corazones menesterosos que experimentan, ante todo y sobre todo, conscientemente ó nó, el mas exquisito de los sentimientos femeninos: el deseo de sacrificarse.

—Y Ud. cree, señorita, —replica Elder con una sonrisa furtiva que me excita— que esa abnegación sea lo que mas torture á las mujeres célibes?..

—Y aunque no fuera mas que el sentimiento en sí egoista, de ese amor que les está vedado, ¿cree usted que deba mover á risa? ¿No hay cierta grandeza en su martirio, en esa *compostura* que les imponen las conveniencias sociales, mientras su corazón se consume en el impío silencio?

Irritada por la ironía de Elder, pronuncié estas palabras con un ardor no acostumbrado.

El no sonríe ya, fijando su vista en un punto que debe hallarse por encima de mi cabeza.

—Si Ud. comprende ese sufrimiento —repuso tras de un prolongado silencio— debe conceder una parte de su compasión á los hombres solteros que se hallan en caso semejante. Ellos ocultan también, bajo una máscara de escepticismo ó de grosero cinismo, si se quiere, la angustia de su corazón. A mano tienen, siempre que lo solicitan, el amor; pero el amor fingido, cuando su ideal es el amor puro de que no disfrutarán jamás.

Tan sorprendida me han dejado las palabras que

acabo de oír, que al aparecer la Sra. Elder abriendo la puerta, ni atendí á levantarme.

Ella se mostró sumamente contenta de verme y la conversación tomó otro giro,

Minutos después, el pájaro de río se eclipsaba sin despedirse.

En la noche, estuve muy distraída, durante la comida, enfrente de la Srita. Jaupy que ni sospechaba, por cierto, que acabase de batirme por ella.

Enero 12.

Hoy quise sondearla y le pregunté:

—Ha leído Ud. algo del Sr. Elder?

Ella ha hecho cuanto ha podido por sonrojarse bajando sus púdicos ojos y replicando:

—¿Qué se figura Ud? ¡Leer semejantes horrores! ¡No busco la ocasión para condenarme!

—¿Escribe en alguna revista que Ud. conozca?

—Sí, creo que sí. . . . En julio último, me enseñaron el título—el título solamente—de una novela suya que se publicó en una Revista muy licenciosa: «El Mercurio de Francia», creo.

¡Oh, pobre Mercurio, cómo te tratan! . . . Admiro los «yo creo» de la Srita. Hortensia, porque si insistiese en lo mas mínimo, ya me contaría ella *de pe á pa* esos horrores de que no conoce más que el título; pero no insisto, ningún interés me causa oír el juicio crítico de la Srita. Jaupy sobre una obra del Sr. Elder.

Ayer, á medio día, apenas hube almorzado, sombreé mi angulosa cara con su eterno «canotier,» volé á la Biblioteca Municipal y pedí todas las entregas de «El Mercurio» del mes pasado.

Casi inmediatamente, mis ojos se detienen en lo

que buscaba: «Los Ultimos Días de Alejandría» por Luc Elder.

Pasé las tres cuartas partes de la noche leyendo la novela y la otra restante, haciendo comentarios. Y en verdad que no es Lucas Elder de esos industriales que explotan los bajos instintos de la multitud; es artista vigoroso y delicado, su estilo agradable y enérgico se sube á la cabeza, embriaga como un vino generoso. Música expresiva, poderosa y emocionante para mi espíritu, fué cada una de las frases de ese libro. ¡Quien hubiera adivinado que ese hombre ligero y frívolo, escribiría de esa manera! Yo esperaba encontrar un Marivaux, quizás un Crevillon hijo; y con estupor descubro páginas que hubiera podido calzar Gabriel d'Annunzio. Lejos andamos, pues, del siglo dieciocho.

Con deleite leí las páginas elocuentes donde evoca á la antigua Cosmópolis, Alejandría, adormecida voluptuosamente á los últimos rayos del astro helénico en su ocaso. . . . También leí, como en dolorosa fiebre, las páginas vehementes donde celebra el amor sin alma y sin piedad, el meramente sensual, el único que haya comprendido ese hombre de ojos soñadores. ¡Y con qué poder insidioso lo enaltece! Su estilo, es tierno á veces, cual murmullo de paloma torcaz bajo las ramas; terrible otras, cual rugido de voraz felino en las calurosas noches de la Jungla!

No leeré más lo que escribe ese hombre: su arte suntuoso y brutal me lastima, me hace sufrir.

¡Oh, Esther, mística amiga, vos, que detestais la materia y buscáis siempre en el pleno azul el vuelo radioso del espíritu ¿qué diríais de ese libro? . . .

Enero 15.
 Mañana devolveré á la Biblioteca las entregas de «El Mercurio.» Yo creo que esa novela es, de los libros que he leído, el más peligroso, porque el veneno que destila es realmente exquisito.

Qué es por fin, ese hombre?... Debó creer, conforme ha asegurado esta noche todavía la Srita. Hortensia, que Lucas Elder ha amado y seducido á todas las mujeres de la ciudad, salvo ella y yo, se entiende.

...Sin embargo, no es feliz. El amor que describe no muestra la serenidad del amor antiguo; no es tampoco el amor de que habla Shakespeare: «demasiado joven para saber lo que es la conciencia». Lleva en la mente siglos de cristianismo de que no puede libertarse. La voluptuosidad le descubre abismos de tristeza donde siente el vértigo del vacío.

Yo no olvido aquellas palabras que, inesperadas, cayeron, días há, de sus labios:

«Cuando su ideal es el amor más puro de que no disfrutarán jamás»

XV

Enero 17.
 Comí esta noche en «Villa Blanca» con la Sra. Coppel y el doctor. Regresé malhumorada, hosca y descontenta conmigo misma. Previsto estaba, puesto que el Sr. Elder se hallaba allí. El ha de perturbar mi tranquilidad: sea que hable ó que calle, me exaspera, invariablemente. Desde el principio de la comida se le veía taciturno, yo nada decía; la Sra. Elder y sus invitados hacían el gasto de la conversación. Hablóse de libros y de periódicos; las señoras lamentando la profusión de hojas de á

dos sueldos y de novelas á ochenta céntimos que llevan á todas partes la corrupción.

— ¿Piensan ustedes— dije— que esa baja literatura sea la sola temible? ¿Piensan Uds., hasta que sea la más perniciososa? ¡Cuánto más peligrosos que los autores de esos viles folletines, encuentro á esos *dilettanti* cuya obra prestigiada exalta la belleza y el amor; acomoda, falsea, deforma la realidad y atrae con su fatal y páfida tendencia á tantas almas leales y puras que viven de quimeras é ilusiones! Es, cada obra de esos artistas, una mala acción, muy mala, que acarrear podrá desgracias infinitas.

— Acaso tenga Ud. razón— dijo la Sra. Elder; — ¿pero no repara en que de ese modo condena toda la literatura de imaginación?

— Condeno— respondí— toda obra de dilettantismo en la que no hay otra preocupación que cuidarse del arte. Poetas y novelistas, casi todos, son artífices de la mentira que mantiene en nosotros la ilusión, arruinando la voluntad. ¡Oh, su influencia nefasta, deforma toda nuestra vida moral!

— Entonces— concluyó sonriendo el doctor,— si la Srita. Hoël llegara á escribir algún libro, éste sería un tratado de Matemáticas puras ó de Astronomía trascendental.

— No,— repliqué; — si fuera capaz de hacer un libro, lo escribiría con toda la sencillez de la pluma y con toda la sinceridad del corazón; no diría en él una palabra que pudiese turbar ó inquietar un alma. Quisiera, por el contrario, que mis conceptos lograsen afirmar una voluntad vacilante, ó consolar un corazón desalentado haciendo á éste llevadero y hasta agradable, lo acerbo de la lucha por la vida. Quisiera que mis pensamientos obraran como un cordial bienhechor; nó como un disolvente de energías en decadencia.

Miré á Elder que no había levantado los ojos, su distraída mirada erraba entre las flores de la mesa; quizás ni me había oído.

Cuando pasamos al salón, entregaron una carta á la Sra. Elder quien después de haberla visto dijo con acento de disgusto:

—¡Vaya un enojoso contratiempo! La Sra. Daiser, la Directora del Liceo, que me había prometido una conferencia para el domingo, acaba de perder á su suegra y el luto la impide cumplir su ofrecimiento.

La noticia me alegró en el fondo, porque las conferencias empiezan á serme cargantes desde que la Sra. Ladowska concurre á ellas con regularidad, exhibiendo exquisitas *toilettes*.

Mi grande amiga se mostraba sumamente contrariada, tanto más que tampoco la conferencia precedente había podido verificarse. La Sra. Elder hace punto de honor del buen éxito de esas pláticas semanarias. Yo la veía que reflexionaba, enteramente absorta. De pronto, volviéndose hácia mí, exclama:

—Estoy pensando, querida amiguita, . . . ¿no podría Ud. á su turno, sacrificarse un poco? Sabemos que es Ud. muy culta y que sabría hablar muy bien, siempre que quisiera hacerlo.

A esta inesperada proposición levanté casualmente los ojos, viendo á Elder. La ocurrencia de su madre dejó asomar á sus labios una sonrisa festiva. Esta sonrisa me hizo temblar de cólera, mi terrible y lastimado orgullo se revolvió; pero pude vencerme con no pocos esfuerzos para responder manifestando tranquilidad:

—Señora, para ser agradable á Ud., lo intentaré.

Sorprendida quedó: no esperaba, de mi parte, tan fácil aceptación. Su hijo movió ligeramente los labios, de un modo que me produjo deseos sal-

vajes de venganza; y el buen doctor que me quiere, me interrogó con solicitud si no me intimidaría mucho.

Respondí desde luego que no era tímida y seguí, durante la conversación, enervada é inquieta por la loca determinación que me había sugerido la mirada de aquel hombre. Sentía frío sudor, sólo de imaginarme que, menguada con mi sempiterno traje azul obscuro y encaramada en el tablado del conferencista, estaría perorando bajo las penetrantes miradas de tres ó cuatro docenas de mujeres.

Tenía vaga conciencia de que la conversación giraba sobre el feminismo; y me había despreocupado totalmente del asunto, cuando me sacó de mi abstracción la voz del Sr. Elder que decía recalcando sus palabras:

—A mí me inspiran horror las Filamintas.

Tuve la intuición de que eso lo decía por mí; y con esa espontaneidad desastrosa que es la causa de muchos de los sinsabores de mi vida, repliqué mirándole de frente:

—¡Ya! ¡Tiene Ud. el gusto refinado por las Celimenas!

Hubo un silencio y . . . nada más. Elder no se movió y desvió los ojos, el doctor tosió y yo observé que la Sra. Elder fruncía el entrecejo.

Héme aquí en un estado de espíritu positivamente lamentable.

Viernes . . .

No he tenido tiempo, estos últimos días, de abrir mi pobre cuaderno.

Me siento destroncada por tanto trabajo, he pasado tres noches, casi completas, preparando lo que

habré de decir el domingo en «Villa Blanca» ¡Qué locura!

¡Pero no haya miedo, tengo muchas cosas que decir y sabré decirlas!

La Sra. Elder me rogó que le diese á conocer hoy mismo el asunto que eligiera. Riendo para mi capote, de la cara que pondrá dicha señora, acabo de trazar en una hoja de papel blanco estas palabras:

«Reflexiones sobre la mujer de mañana.»

XVI.

Domingo á las 11 p. m.....

¿Tendré fuerzas para referir las emociones de este gran día?...

La reunión se había fijado, como es costumbre, para las dos de la tarde. Yo entro á «Villa Blanca» soñando las dos. Hay mucha apretura y ..todo, como el día en que habló el Sr. Elder. ¡Ya lo creo! El espectáculo vale la pena. Las bellas damas se prometen estar divertidas.

Todas ellas están ya colocadas en sus asientos. Yo experimento una sensación muy molesta, como si estuviera ahogándome.

Claudicando trepo, no sin trabajo, al imponente tablado, paseo durante algunos segundos mi mirada sobre el auditorio; enfrente están, la Sra. Elder y el Dr. Coppel que sonríen infundiéndome valor. ¡Ay, creo que voy á desfallecer! He olvidado la palabra con que ha de principiar lo que quería decir.

Debo hallarme con una palidez de causar lástima. Agrupo á mi alrededor, con temblorosa mano,

unos volúmenes de los cuales quiero citar algunos conceptos.

Comenzaré al fin?... Levanto de nuevo los ojos y descubro á la Sra. Pigois que, de un modo insolente, aboca su monoclo contra mi vestido de cheviote azul y mi sombrero de seis francos. No lejos de ella, la Sra. Ladowska, triunfante con su traje de paño azul eléctrico, parece divertirse muchísimo. De pronto, ábrese en el fondo una puerta: la misma que abren siempre que hay mucha concurrencia, con el fin de evitar mayor elevación en la temperatura. Detrás está, ya lo sé, el gabinete del Sr. Elder: al través de la raya de sol que cae de la ventana, acabo de ver una gran sombra que se mueve.

Ah! El monoclo de la Sra. Pigois, la sonrisa de la polaca, el silencio desdeñoso del caballero Elder...

He recibido el latigazo provechoso; no tiemblo ya, y con voz reposada y clara empiezo á hablar.

Antes de abordar el tema que he concebido sobre la mujer ideal del porvenir, hago acremente el proceso de la mujer de hoy; la mujer superficial, débil y frívola. Ataco la falsa educación que se le dá, desarrollando en ella, de un modo exclusivo, el arte de agradar al hombre para destinarla al matrimonio, fuera del que no hay, segun pretenden, nada saludable. Llamo la atención hácia el vergonzoso espectáculo de las jóvenes ofrecidas en remate al mejor postor, sin atender á las cuestiones de mas elevado orden moral. Me rebelo en contra de ese prejuicio secular que sólo ve en la mujer el gran instrumento de conservación de la especie como un medio, mas no como un ser libre, con fines propios. Mucho tiempo há, viénese declamando qué se debe hacer de la mujer una esposa y una madre; y yo opino que, ante todo, hay que hacer de ella una persona, porque la mujer, á despecho de los

progresos intelectuales; á despecho del ligero barniz de instrucción que se le da, permanece aun en el estado de sierva. Ella no aspira mas que á sacrificar su personalidad en aras del amor; desea un amo, y la mas activa no conoce deleite mayor que sentirse un objetito dócil en manos de su dueño.

Combato con vehemencia ese amor que es el eje de la vida femenina; amor estrecho, egoísta, cruel, que la ha hecho verter tantas lágrimas, y tanta sangre, desde los tiempos fabulosos en que por los bellos ojos de Helena, la sangre troyana se mezcló con la griega bajo los muros de Ilión; repruebo ese amor brutal, agente de asesinatos, de deshonras y de mentiras; clamo con todas mis fuerzas por un amor mas elevado y mas puro, formado de ternura y de piedad!

Con tan apasionado interés he tratado el asunto, que hasta la conciencia he perdido del lugar y del auditorio: y me expreso con un entusiasmo, con un fuego de que no me hubiera creído capaz.

Continúo después de una pausa, sin abandonar mi tema, ensalzando á la mujer fuerte, la que yo sueño, la que quisiera ser; la que surgirá mañana quizás, despertando del ser sensual y débil que aún es hoy, al ser de pensamientos nobles, serenos, exentos de toda mezcla; y que así se habrá redimido por siempre jamás de la esclavitud hereditaria.

He terminado sin preocuparme mucho ni poco por averiguar si habré estado impresionante. Los que me han precedido aquí en el uso de la palabra, lo habían hecho como juiciosos profesores desempeñando sus cursos; yo, de muy distinta manera: he hablado con un calor como si estuviese defendiendo mi vida. Seré, probablemente, discutida y criticada; pero, al menos, nadie se ha dormido mientras yo hablaba, nadie ha bostezado; las fisonomías que tenía delante, llegaron á su máximo

de atención. He laborado, pues, con buen éxito y esto me basta.

Bajo de la tribuna y la concurrencia se agita. La Sra. Elder viene hácia mí y me abraza diciéndome:

—Ninguna de nosotras olvidaremos los momentos que acabamos de pasar.

La querida Sra. Coppel me demuestra un alborozo y una satisfacción que me conmueven. La mayor parte de las oyentes estrechan mi mano y me prodigan elogios más ó menos banales; otras se abstienen: entre estas, las Sras. Pigois y Ladowska. La linda polaca que parece distraída, juega con su abanico mirando furtivamente al fondo del salón... ¡Ah! Pero nada verá: la puerta ha vuelto á cerrarse sin ruido.

La oleada va reduciéndose gradualmente. La Sra. Elder, de pié en el umbral del vestíbulo, tiene una palabra amable para cada una de las mujeres que van saliendo. Algunos grupos se han retardado. La Sra. Pigois perora delante de otras tres personas y en el momento que paso detras de ella, procura subir la voz para decir:

—Su lenguaje ha sido atrevido. A haberlo previsto, no hubiéramos traído á las jovencitas. Apenas si puedo contener la risa sabiendo que la *sempiterna* Adélaida me lleva lo menos un lustro; pero no aborrezco por ahora á las Pigois.

La Sra. Elder baja la grada de la escalinata con las retardadas que, por una chistosa casualidad, ocurre que seamos las Sras. Pigois y Ladowska, y yo. Elder, que volvía en sentido contrario, se pára debajo de la escalera. Cuando estamos cerca de él, se inclina con desenvoltura y da la mano sucesivamente á la polaca y á las otras dos. Tiene para cada una de ellas la misma sonrisa ligera y el mismo saludo, algo rápido. Al llegar delante de mí, su sem-

blante recobra su acostumbrada gravedad y me hace en silencio tan profunda reverencia, que la Sra. Ladowska ha fruncido sus finas y arqueadas cejas.

Es tarde, hállome sola y fría en mi espacioso cuarto. La cortina corrida de la ventana me deja ver una noche espléndida de nevada. Siento dentro de mí un goce profundo y serio que aumenta.

¡Oh, goces del orgullo! No sois vosotros, ¡oh goces! lo mas grato del mundo

XVII.

Febrero 4. Día un poco húmedo, muy apacible. Esta noche he tenido uno de esos momentos excepcionales, raros, en que experimento con intensidad y sin motivo preciso, la alegría de vivir.

Regresaba á casa, una vez dada mi última lección, no era aún de noche, el aire estaba tibio; los árboles del boulevard y los raros paseantes se perdían entre una bruma violeta.

Yo marchaba de prisa, tarareando entre dientes, según mi mala é incorregible costumbre, una frase de «La Condenación de Fausto.» No sé por qué encontraba tan bueno respirar el aire y golpear el suelo con el pié. Hay horas así, en las que nuestra juventud canta dentro de nosotros, sin saber por qué, un himno triunfal. Se siente una ligera como un pájaro, el simple acto de la respiración se vuelve una voluptuosidad y se quiere vivir, vivir.

La campana de los carmelitas lanza tres veces sus vibraciones al aire y ataja la frase de Berlioz que me perseguía desde por la mañana. ¡Cómo me gusta esa voz de las campanas, cayendo nota á nota bajo el pálido cielo! El encanto y la belleza de la hora

me penetran. ¡Ah, qué bueno es vivir una noche como ésta!

Al dar vuelta por la calle de Juan Jacobo Rousseau, me encuentro cara á cara con el Sr. Elder en quien no pensaba; (cosa extraña, porque muy frecuentemente pienso). La sorpresa fué grande: me saltaba el corazón y las mejillas me ardían. El saludó sin mirarme, parecía fatigado y triste; con su semblante muy pálido y las sienes ajadas, se le veía duro y sobre todo... tan viejo!

De dónde venía por ese camino?... De la casa de la Sra. Ladowska, indudablemente.

¿Y cómo le amaré esa mujer? Se me figura que si yo le amara, no llevaría él ese semblante al separarse de mi lado. Si yo le amara, pondría suavemente mis manos sobre su frente, para desterrar todas las ideas malas y todas las ideas tristes; y á fuerza de calentar junto á mi amante corazón el suyo aletargado, acabaría por despertarle. Si yo le amara, sus bellos ojos de sombra se iluminarían y él tendría que sonreír... ¡Pero en qué estoy soñando!

¡Esta noche será de música y de poesía. Bajaré á comer; luego, iré callandito á encerrarme en mi habitación y, sola allí, escuchar con el alma los cantos sublimes de Beethoven.

Febrero 5.

A las dos de la mañana. — Abro nuevamente mi cuaderno, á pesar de la hora avanzada, ó mejor dicho, matinal, pues no he conciliado el sueño.

A noche, la comida fué rápida y sin mediar palabra. La Srita Hortensia no ha tratado de retenerme; aun creo que tenía prisa por librarse de mi presencia, porque al entrar he visto que me ocultaba

una de esas eternas ediciones á la rústica que lee siempre á solas engullendo una enorme cantidad de confituras.

Me retiré antes de las ocho. Gran rato estuve tocando á la sordina mis queridas sónicas; luego, los aires mas lejanos de Rameau, de Gluck, de Sebastián Bach. Me dí cuenta, al fin, de que eran las once; y por humanidad hácia la pobre señorita que se acostaba abajo, cerré el piano y me instalé cerca del fuego hojeando «Los Trofeos» de Heredia. Saboreaba tan hermosas composiciones, cuando me sacaron de mi éxtasis unos quejidos sordos y prolongados. Con ansiedad apliqué el oído y no me engañé: eran, sí, gemidos de dolor que partían precisamente, del cuarto de la Srta. Jaupy.

No vacilé un segundo y bajé laténdome de prisa el corazón.

¡Qué espectáculo! La Srta. Jaupy lamentándose con continuados gimoteos y mas blanca que la blanca cofia que le adornaba la mollera, se tuerce sobre su lecho en desorden.

—¿Qué tiene Ud? le pregunto.

—Yo... Yo creo que... me voy á morir.

—De qué sufre Ud?... Dígame, le suplico, qué es lo que podré hacer para aliviarla.

—El estómago... El corazón... ¡Oh!... ¡Oh!...

Con entrecortada y moribunda voz, me hace comprender, al fin, que es necesario ir á buscar el frasco de éter en el cofre de su gabinete-tocador.

Estoy sumamente asustada; preciso es que la señorita Jaupy se halle realmente *in-extremis* para darme acceso al misterioso cofre que ella no abre nunca sino después de haberse encerrado á doble vuelta para evitar las miradas profanas.

He abierto el viejo mueble y, lejos de mi todo pensamiento indiscreto, sólo pienso en encontrar el éter en medio de aquel barullo heterogéneo. Pero

¿puedo impedir que mis ojos vean lo que tienen delante? Desde luego, una media docena de sacos de papel despanzurrados y pringosos con restos de dulces distintos y pegajosos; por arriba, por abajo, por todos lados, libros y más libros. ¡Y qué libros! Dubut de Laforest campea por ahí entre los caramelos y las castañas heladas.

Veo todo eso que prefiriera no ver; pongo, al fin, la mano en el susodicho frasco y regreso á la recámara.

El cielo ha tenido piedad de la infortunada glotona que ya no se entiesará por esta vez, pues aunque con dolor y gran trabajo, empieza á recobrar los sentidos.

La cuidé y atendí lo mejor que me fué posible; y bajo la seguridad de que ya se había mejorado, volví á subir á mi cuarto descorazonada y triste realmente, por lo que había visto. ¡Oh, solterona infeliz, que sólo se ocupa en tragar dulces y literatura canallezca! Ella es, ¡ironía! quien no se atreve á nombrar los libros obscenos de Lucas Elder ni un pensamiento puro y sano en aquel cerebro, ni un sentimiento verdadero en aquel corazón; tan sólo la béstia vive en ella. Y observo con mayor dolor aún, que no es la única de su especie: allí está también la Ladowska, ese animal perverso, dañino, que no conoce otras leyes que los caprichos de sus sentidos; asimismo está ese hombre de los ojos tristes que en sus libros de insano encanto, celebra el placer brutal, carente de alma y de piedad.

Después de todo, se asemejan la solterona incul-ta, la coqueta sin corazón, y el voluptuoso y refinado escéptico; todos ellos no escuchan mas que el grito de la materia vil. ¡Cuanto debo agradecer á mis padres, desaparecidos ya, haber puesto en mis venas una sangre rosada y ligera que no me excite

con esas perturbaciones! Lo que viva y sufra dentro de mí, no será por cierto, la carne frágil y caduca.

Mas si debo sufrir con el tormento de batir mis alas en el vacío; si algún amor imposible ha de aniquilar mi vida... ¡pues bien! todo ello lo acepto con alegría. Es mejor, mucho mejor, que las indignaciones de la Jaupy.

XVIII.

Febrero 7.....

He comido esta noche en «Villa Blanca» con la Sra. Elder, su hijo y la pequeña Ibona. El se encontraba displicente no dejando en la conversación mas que uno que otro monosílabo.

Hablóse de la señorita Esther.

Eterno enigma... ¿Porqué ésta, en sus cartas, nunca ha mencionado «Villa Blanca»?

Una idea extraña germinaba en mi espíritu, y á fin de despejar la incógnita, me resolví á interpelar directamente al Sr. Elder.

—¿Ud. la ha conocido, caballero, á la Srta. Bar-nel?.....

Su semblante no se inmuta y, tras de un corto silencio, responde:

—Conocido... ¿Puede uno estar seguro de conocer á alguien? No la he conocido; pero la he visto con frecuencia.

—¿Verdad que es hermosa?

—¡Oh, muy hermosa!

Vuelve á quedar en silencio y continúa muy tranquilo quebrando nueces para su sobrina.

Comprendo que soy absurda y necia con mis suposiciones novelescas. Cuando nos levantamos de

la mesa, el Sr. Elder se excusa pretextando un trabajo urgente y se retira á su gabinete. Llevan á Ibona á la cama y yo permanezco sola con mi grande amiga en el saloncito.

Languidece la conversacion. A mí, no sé por qué, me invade cierta melancolía y la señora Elder que se ha apercibido de ello, me suplica que cante. Obedezco, esperando disipar de ese modo mi vaga tristeza. Desde los primeros compases noto que esa noche estoy en voz. Al terminar la pieza, la Sra. Elder se levanta y sale sin pronunciar palabra. Minutos después, vuelve acompañada de su hijo.

—Le traigo á Ud.—díjome—á un profano á quien vaá convertir.

A tan inesperada aparición me he sentido literalmente petrificada y he tartamudeado algo.

El se sienta y yo vuelvo al piano, presa de una turbación que no puedo disimular. He elegido el aria de «Las Palomas» de Salammbo. Mi voz está abogada, se corta, se pone temblorosa. Seguro es que él se halla sonriendo, detrás.

Pero mi corazón regulariza poco á poco sus latidos, se me despeja la voz, se afirma, se dilata, y siento, que al fin, nunca había cantado como esa noche. ¡Es que canto para él y que trasladar quisiera mi alma toda, á esa melodía!

Vuélvome acabando el trozo. Elder, sentado en un sitio algo apartado de la lámpara, tiene la cabeza en la sombra que proyecta la pantalla: yo no veo alumbrada mas que su blanca pechera y él no pronuncia una palabra.

Decididamente, no es muy galante, á lo menos conmigo. Para que el silencio no se prolongue más, preguntole á aquel ser *quasi* invisible:

—¿Le agrada á Ud. Reyer, caballero?

—Sí, señorita, desde hace cinco minutos, Cante Ud. más... ¿quiere Ud?

Yo no veo su cara; pero él ha dicho eso con un acento que agita mi corazón. Siento como un aliento dentro del pecho; me pongo á buscar entre los papeles de música y añado:

—¿Le gustarían á Ud. las preciosas antiguallas de Mozart, Schubert, Gretry? Pero aguarde Ud: aquí está la serie de esas célebres serenatas.

Y sin temblar en esta ocasión, canto la serenata de «Don Juan», luego la de Gretry y después la de Schubert.

Jamás había sentido, como esa noche, la sublimidad y la exquisita languidez de esas quejas amorosas; y sobre todo, jamas las había sentido tan elocuentes, también. Dejo el piano. Mi querida amiga se recrea de admiración. Creo que, en efecto, he cantado bien. El silencio auditor, en la sombra, no se ha movido.

De pronto, mientras su madre llena las tazas de té, me dice meditabundo:

—Esas tres serenatas de Ud. han despertado en mi memoria, dos estrofas de Enrique Heine, que fué el poeta amado de mi juventud.

Y murmuró á media voz unos versos alemanes.

—Yo también, dije—he gustado mucho á Heine; sólo que no entiendo el alemán.

Entonces Elder repite en francés, en voz muy baja, como lejana: «Es el ruiseñor que canta de amores y de tormentos de amor. Canta el amor y sus penas, sus lágrimas y sus sonrisas. Se agita con tanta tristeza y se lamenta con tanta alegría, que mis dormidas ilusiones despiertan á una nueva vida.»

A las diez, llamó la Sra. Elder al viejo criado que debía acompañarme. Ella y su hijo bajaron conmigo al gran vestíbulo, bien alumbrado. Y allí los tres de pié, á toda luz, en tanto que la buena amiga me

daba algunos consejos á propósito del frío y de los catarros, yo levanté la vista hacia él.

Los bellos ojos sombreados se posaron un instante en los míos con una seriedad tal, que me turbó hasta lo más profundo de mi ser.

Ahora sola, frente á la gran noche serena, interrogo, á este corazón tumultuoso, porqué habré experimentado pena á la vez que un placer tan singular ante la mirada de ese hombre compenetrando en la mía.

XIX.

Febrero 8.

He dormido mal la noche pasada, he meditado mucho sobre la fragilidad de la humana razón y sobre la inconsistencia de la mía en particular. Volviendo á mi eterna preocupación, he buscado lo que pudiera hacer para conservar la calma y el armonioso equilibrio de mi existencia, para emplear útil y dignamente mi vida y, sobre todo, para no caer en ese tremendo rampojo que se llama el amor. Mucho tiempo há que, á imitación de Pascal, busco gimiendo. Aunque no cabe duda respecto de lo que me dicta el deber: que necesito, cueste lo que cueste, evitar la presencia del Sr. Elder.

Febrero 19.

Durante diez días me he estado quieta, como imagen devota. He evitado conscientemente al Sr. Elder procurando, por supuesto, no pensar demasiado en que lo evitaba. Quizás hubiera llegado á olvidarlo enteramente; mas siempre hay un «peron»